

(Re)inventar lo rural

Ramón del Castillo

URL de la contribución: <http://www.laortigacolectiva.net/revista-la-ortiga-132-reinventar-lo-rural-mentor-ia-rural-experimenta/>

¿Cómo surgió tu participación como mentor en el taller Rural Experimenta?

Hace unos años participé como vecino y luego como mediador en los laboratorios de Experimenta Distrito de Madrid. Fue una suerte. Resultó que la directora de las acciones en mi barrio era una colega del mundo universitario, Sibley Labandeira, experta en estudios audiovisuales que también tenía una amplia experiencia en producción cultural y gestión de este tipo de actividades. No fui un vecino promotor de un proyecto, pero colaboré directamente en uno de los proyectos seleccionados (dedicado a diseñar juguetes con materiales reciclados para personas con problemas motores, como los causados por parálisis cerebral). Luego, poco a poco, fui realizando tareas de apoyo, aprendiendo del equipo de mediadores y mentores. Al final -como ya sabéis- todos los proyectos de un laboratorio ciudadano se van conectando entre sí, así que acabé echando una mano a distintos grupos y trabajando con el equipo de mentoría. Yo venía del mundo de la investigación universitaria, había sido director de grupos de investigación subvencionados por el Ministerio de Ciencia (sigo siendo Vicedecano de investigación de una facultad de filosofía y antropología), pero los métodos de experimentación, diseño y aprendizaje colaborativo de los laboratorios me sorprendieron y me enseñaron muchas cosas. Seguí en contacto con el equipo de *MediaLab* y tuvimos varias conversaciones muy interesantes, hasta que Marcos García me habló de Rural Experimenta y de los equipos del Ministerio. Participar me resultaba muy interesante porque yo acababa de escribir un libro sobre

nuestra compleja relación con la naturaleza y el campo (sobre todo en tiempos de crisis ecológica) y estaba manteniendo muchos debates sobre las fantasías que genera el llamado neorruralismo. Así que no me lo pensé y acepté colaborar como mentor en la nueva edición de laboratorios rurales. También coincidió con un momento en el que empecé a colaborar directamente con diseñadores, urbanistas, arquitectos y artistas (de hecho ahora formo parte de un grupo reconocido). También pasaba más tiempo en medios rurales, conociendo más de cerca a distintos colectivos y sectores (sobre todo en Galicia y en Asturias).

¿Cuál es la labor de un mentor en este tipo de talleres?

Hay fórmulas para definirlo, pero lo interesante es que en cada intervención puedes cambiar las funciones, dependiendo de los medios, las circunstancias y de los colectivos con los que trabajas. Tienes que avanzar lentamente, acompañando a los promotores y coordinándote con mediadores, viéndolas venir, por así decir, facilitando el desarrollo de los procesos de aprendizaje, que a veces -y esto es lo interesante- pueden desembocar en callejones sin salida, o estancarse, o dispersarse, o desviarse demasiado del plan previsto. También tienes que hacer de enlace permanente entre el equipo del Ministerio y la base de operaciones, o sea, el grupo que actúa como anfitrión y ejecutor local.

Mucha gente cree que en estos laboratorios los participantes siempre tienen la última palabra y la mentoría solo es un vehículo, y la



mediación sólo una asistencia técnica, pero no es así: puede haber divergencias, e incluso tensiones entre los equipos de mentoría y los promotores y sus equipos de ciudadanos colaboradores. Y ahí está el reto. También asesoras técnicamente, sí, pero de una forma muy distinta a un experto externo. Puedes facilitar algunos recursos, y ayudar a salvar dificultades, o a solucionar problemas, pero al mismo tiempo estás impulsando experimentación e investigación nuevas sin tener ya disponible un juego de herramientas previas.

Otras veces ayudas a negociar diferencias entre los participantes. La cuestión no es sólo el proyecto, el prototipo o la intervención final, sino la gestión de la colaboración y de la convivencia. Tienes que estar muy pendiente del factor humano y observar con paciencia pero activamente dinámicas complicadas que todos generamos debido a nuestros propios prejuicios y sesgos (de educación, cultura, género, formación).

¿Crees que el formato digital pudo afectar al debate y al proceso de prototipado?

Fue muy interesante. En principio no se podía imaginar una situación más contraria al espíritu de los laboratorios, porque en ellos el trabajo fundamental se hace desde el terreno, *in situ*, en una localización, a pie de calle o a pie de prado. La última edición de RE fue compleja por eso, porque muchos participantes no pudimos “aterrizar”, no hubo “toma de tierra” para todos, no todos pudimos concentrarnos en el territorio de operaciones y convivir con los agentes/actores locales. Sin embargo, los equipos y los participantes generaron a través de una plataforma virtual sumamente ágil (y muy bien elegida por los directores del Ministerio) una dinámica muy intensa que no sólo compensó el déficit de interacción local, sino que abrió posibilidades muy interesantes que servirán para futuros talleres de cualquier tipo. Gracias a esa excepcionalidad, se desarrollaron recursos imaginativos y materiales nuevos.

Se suele decir que lo importante no es el destino, es el camino. ¿Crees que en este caso ocurre lo mismo?, ¿es más importante el proceso frente al prototipado? si es así, ¿por qué?

Sí, totalmente. Pero en mi caso lo entendí primero como colaborador vecino. Lo repetían los mediadores y los mentores, y los coordinadores todo el tiempo. Luego, como miembro del equipo descubrí que era un asunto más complejo, no es un simple lema ¿por qué? Por un lado hay que frenar a proyectos que tengan prefijado un objetivo de antemano, e invitarles a reflexionar sobre presupuestos e ideas más generales, sobre todo empujar a que relacionen el proyecto con dos cosas a la vez: el resto de proyectos en ejecución y un contexto social más amplio. Por otro lado, sin embargo, hay que definir e incluso presionar a proyectos que sean demasiado vagos y faltos de concreción. El proceso es fundamental, de acuerdo, pero el resultado también, siempre que por “resultado” entendamos una transformación, un cambio, y no sólo una producción específica de una tecnología, un mecanismo, un dispositivo, una herramienta o un aparato...

¿Qué destacarías de todo el proceso? (Preparación, participantes, proyectos, prototipado, relaciones, conocerse, los cuidados...)?

En esta edición creo que me pareció un reto el tema de la gestión *a distancia* de afectos y relaciones, que es un componente muy importante en todos los laboratorios. Como sabéis bien, los talleres se alimentan y a la vez desencadenan interacciones humanas muy particulares entre personas que se conocen entre sí, pero sobre todo entre desconocidos que deciden trabajar juntos, cercanamente e intensamente. Creo que aquí sigo aprendiendo y sigo teniendo mucho que aprender. Hay que huir también de modos aprendidos para hablar de afectos, capacidades y emociones. También hay que lograr equilibrar la demanda de socialización con el respeto a la intimidad.

Para ti, personalmente, ¿qué ha sido lo más enriquecedor de este Rural Experimenta II?

Para empezar, he aprendido mucho viendo cómo trabajaban todos los compañeros y las compañeras, tanto de vosotros, productores del taller desde el pueblo, como de los compañeros coordinadores de la agencia ministerial. También de todos los participantes y promotores que, pese a que la pandemia impedía la reunión de todos, hicieron de la necesidad virtud y haciendo un esfuerzo enorme decidieron seguir adelante con los proyectos.

Además de este reto relativo a los procedimientos, también he aprendido mucho sobre la riqueza y complejidad del medio rural, especialmente todo lo que tiene que ver con el mantenimiento de tradiciones que, a la vez, son actualizadas y reinventadas.

¿Cómo le explicarías a un extraterrestre qué es lo Rural?

Esta situación la planteamos como un juego durante el proyecto. Es divertido pensar cómo le explicarías a alguien ajeno a este mundo la diferencia entre lo urbano y lo rural. Lo tendríamos difícil, porque

tendríamos que ser muy claros y sintéticos, pero probablemente no tenemos nada claro cómo estamos entendiendo nosotros mismos la distinción. Vivimos, en efecto, un momento en el que ese tipo de distinciones se están cuestionando. Las ciudades cada vez concentran más población, se convierten en megalópolis, o en redes monstruosas de ciudades interconectadas, mientras que el campo se vacía de población, pero se ocupa con infraestructuras enormes, y se automatiza la producción agrícola y ganadera. Los límites entre formas de vida también son cada vez más difusos (sobre todo a causa de las redes y los nuevos medios de comunicación). Con todo, podemos usar marcadores sencillos para localizar enclaves rurales: por ejemplo, la baja densidad de habitantes, o la distancia media hasta otro núcleo poblacional consolidado. (Aurora Fernández y Javier Mozas lo han hecho en el último número de *a+t*, *Is this Rural? Architecture Markers in the Countryside*) donde analizan doce núcleos rurales muy diferentes en distintos lugares (desde Mallorca a Japón, pasando por Italia, Francia, Reino Unido, Bélgica, Suiza, y Finlandia). No sé: si bajara un marciano y le tuviera que explicar todo esto, me vería metido en un apuro, excepto si el marciano es más inteligente que yo, y me explica él todo (ja, ja, ja).

Por otro lado, la figura del extraterrestre también puede servir para caracterizar al propio científico social, o al investigador de campo. Adoptar una perspectiva lo más externa posible es fundamental para un buen análisis. Lo recordaba hace poco Troy Conrad, uno de los organizadores de la famosa exposición de Koolhaas en el Guggenheim de New York sobre el mundo rural: “Cuando empezamos a trabajar juntos, Koolhaas, que fue periodista antes de hacerse arquitecto, me recordó algo que le había enseñado su mentor: hay que aproximarse a toda situación como un marciano, completamente desde fuera y sorprendiéndose, y tratar de registrar todo impasiblemente. El campo (*countryside*) ha estado (¿siempre?) lleno de expertos, rebosante de opiniones, inundando por interpretaciones. La estrategia marciana, en cambio, es necesariamente más distante (*unimpressed*)”. Calificar al campo de *ignored realm* (“reino desconocido”) es una estrategia para abrir el campo, para estudiar

el asunto de una forma más abierta e interdisciplinar (*Countryside. A Report*, AMO / RK, Taschen, 2020). A mí esta estrategia de distanciamiento me parece muy necesaria. Puede que resulte raro, dado que los programas de experimentación rural y urbana suelen subrayar más la idea de proximidad a los colectivos, la metodología de familiaridad con formas de vida, la inmersión en entornos, la empatía con vecindarios y poblaciones. Es verdad: esa estrategia es imprescindible, pero también hay que introducir técnicas de “extrañamiento”, técnicas que permitan a individuos y colectivos ver desde fuera cosas que dan por conocidas y experimentadas. Gracias a ellas, creo, se evitan lógicas de la identidad muy conservadoras o visiones de tradiciones demasiado conservacionistas. En otras palabras: creo que los programas deben contribuir a que los participantes locales se sientan “extranjeros” en su propio hogar, evitando las ilusiones de la *topofilia*.

En cualquier caso, espero tener ideas más claras después de analizar el material que estoy manejando desde hace más de un año. Para empezar, el polémico informe Koolhaas, donde colaboran muchos otros autores, como Niklas Maak (cuya obra me interesa mucho) y que abarca estudios de caso por todo el mundo. También me ha interesado de Sébastien Marot su *Taking the Country's Side. Agriculture and Architecture*, o entre nosotros, el volumen colectivo, *Tecnopastoralismo (Ensayos y proyectos en torno a la arcadia tecnificada)*, editado por el arquitecto y profesor Fernando Quesada, director de un grupo de investigación sobre Antropoceno al que pertenezco. También he revisado el trabajo de Cird Nakle y Lluís Ortega, *Suprarural. Atlas arquitectónico de protocolos rurales del Medio Oeste estadounidense y la Pampa Argentina*, y he vuelto al informe coordinado hace unos años por Vanessa Miriam Carlos y el ISU (Institute for Sustainable Urbanism) titulado *Ruralism: The Future of Villages and Small Towns in an Urbanizing World*. También estoy siguiendo investigaciones realizadas en Het Nieuwe Instituut sobre la nueva arquitectura que llena el campo (invernaderos, viveros, almacenes y otros espacios automatizados) y las aportaciones que se hacen a través de la revista *More than Human*.



Se me dirá que todo esto atañe más al diseño arquitectónico o a la planificación que a la mediación cultural y al activismo social, y mi respuesta es que sí. Sin embargo, creo que el activismo que se desentiende de las transformaciones que el capitalismo desgraciadamente ya ha generado en el medio rural es poco efectivo. Los informes de expertos urbanistas de distintos países complementan muy bien el conocimiento sociológico que están acumulando y articulando distintos agentes estatales y provinciales (sin ir más lejos, la Subdirección General de Cooperación Cultural con las Comunidades Autónomas, con sus agencias de Cultura y Ciudadanía y Cultura y Ruralidad, con las que hemos trabajado y cuyo informe de 2020, *Pensar y hacer el medio rural. Prácticas culturales en contexto*, me parece imprescindible).

Otro mundo en el que he tratado de profundizar mientras colaboraba en los talleres de 2020 era el artístico, y en la proliferación de una literatura ligada de distintas formas al neo-ruralismo (palabra que no me gusta pero que uso a falta de una mejor). Creo que a través de las narrativas podemos comprender dimensiones de lo rural que la geografía humana, la etnografía o la sociología, no nos proporcionan. Sería interesante, creo, promover algún taller donde

se leyeran y se discutieran obras como *Los asquerosos* de Santiago Lorenzo, *San, el libro de los milagros* de Manuel Astur, *Tierra de mujeres* de María Sánchez, *Quién te cerrará los ojos* de Virginia Mendoza, *Palabras mayores* de Emilio Gancedo, *Los últimos* de Paco Cerdá, *Un cambio de verdad* de Gabi Martínez o *Hijos del carbón*, de Noemí Sabugal, entre otros. No estoy diciendo que las novelas o las memorias sean un medio privilegiado frente a otros tipos de relatos sobre lo rural. Para nada: los talleres y los programas demuestran precisamente lo importante que son los testimonios no escritos, la tradición oral, o formas de registro, de escritura y de comunicación distintos a la literatura. Aún así, creo que las novelas siguen teniendo un papel importante en nuestra cultura, como transmisoras de historia colectiva y a la vez de experiencia singular, personal.

En tu opinión, ¿crees que en ocasiones se repiten las palabras como si significaran para todo el mundo lo mismo, por ejemplo, “rural”?

Bueno, la palabra más ambivalente a este respecto es “naturaleza”, cuyos diferentes significados a lo largo de la historia fueron compilados hace muchos años por Raymond Williams en su fa-



moso diccionario *Palabras clave*. Más recientemente, Erik Swynedouw también ha analizado la multitud de sentidos del término en un conocido y polémico trabajo (*La naturaleza no existe*). El término “rural” está muy unido al de “naturaleza”, pero también a otro conjunto de palabras como *campo*, *tierra* y *cultura*, y arrastra consigo distintos significados. Hay que recordar que la palabra inglesa que ahora circula por el mundo globalizado, de aquí para allá, *country*, siempre tuvo dos significados: tierra nativa (*país*, *patria*) y zona rural o agrícola (*campo*). Como contó también Williams, *country* tuvo el sentido de suelo natal desde el siglo XIII, y más el de zona rural desde principios del XVI. La palabra se empezó a usar para designar lo opuesto a la ciudad desde finales del XVI, coincidiendo con la expansión de la urbanización (por ejemplo, el enorme crecimiento de Londres). Fue entonces cuando se distinguió, también, entre gente de campo y pobladores de ciudades (en el XVII, en el argot urbano ya circulaban insultos equivalentes a “palurdo” o “cateto”, como *country bumpkin*). Originalmente *countryside*, recuérdese también, era el nombre de una localidad escocesa, pero desde el XIX se usó como término genérico para referirse, no tanto a una zona, como al conjunto de la vida y la economía campestres.

Como digo, este término, igual que muchos otros ingleses, ahora está circulando globalmente, por todo el espacio planetario y por distintas áreas (el mundo de la teoría social, la nueva geografía política, la economía, la política, la ecología) lo cual añade todavía más complicación a su definición, en la que siempre se mezclan connotaciones e intenciones, resonancias del pasado y expectativas de futuro. Como diría aquel, la palabra nos sirve para designar a la vez algo que queda atrás y algo que surge por delante, una experiencia histórica y una tarea por realizar.

¿Crees que los laboratorios ciudadanos ayudan a pensar la vida juntos?

Sí, claro. Son pequeños modelos de convivencia, ellos mismos son prototipos de formas de vida, pero justamente porque requieren instrumentos y artes para la negociación del conflicto y la gestión de la diferencia. Mucha gente tiene una visión idílica de una comunidad de trabajo cooperativo, pero a veces es un perfecto lío, una auténtica movida. Eso es lo interesante. Se mezclan niveles distintos de acción, y distintos intereses, y distintas experiencias, y hay que encontrar una forma de hacer funcionar todo en poco tiempo.

Hay ocasiones en las que un laboratorio se convierte en una isla de tranquilidad, un páramo donde todo se hace con calma, pero a veces también se parece a un hangar a presión, o a una serrería enloquecida, ja, ja, ja.

¿Existe una gran diferencia entre desarrollar un laboratorio ciudadano en el medio urbano frente a realizarlo en el rural? (En caso afirmativo detalla cuáles y por qué) ¿o la diferencia está en las personas que participan y su conocimiento?

Hay muchas diferencias. La vida en las ciudades se ha convertido en un verdadero laberinto. Pero frente a esa pesadilla de complejidad, nunca opondría la supuesta simplicidad de la vida rural. Más bien, diría que se trata de laberintos de distinto tipo. En los dos casos se trata de solucionar problemas, y la clave es conquistar tiempo, no buscar soluciones rápidas, aparentemente solventes, pero inoperantes a la larga. Se dice que en el medio rural todo va más despacio...aunque no necesariamente. La gente de campo muchas veces no tiene tiempo para aburrirse, y trabaja a toda hostia, igual que los urbanitas. El estrés y la incertidumbre no son sólo dolencias urbanas...Hay problemas comunes, además de los problemas específicos creados por la falta de servicios, comunicaciones, etc... Algo importante en los talleres rurales es que los *gestores culturales* que proceden de medios urbanos evitemos concepciones folcloristas y paternalistas del medio rural (por así decir). Antes de interactuar es importante recabar datos muy básicos pero relevantes sobre la población, relativas a sus condiciones *materiales* de vida, servicios, economías, etc.

Los contextos rurales, ¿crees que pueden facilitar la innovación social ciudadana?

No tienen otra. Si yo entiendo bien, las prioridades de muchos enclaves rurales son (y glosó otra vez el informe de la revista *a+t*): 1. convertirse en centros de actividad (o en nodos de una red, como dicen los urbanistas) 2. Atraer población estable. 3. Crear cadenas

de producción y de distribución locales (¿en aras de cierta autonomía y autosuficiencia?) y 4. Desarrollar los servicios educativos y culturales.

Todo esto, además, surge en un escenario donde la *presión* para desarrollar el sector turístico es cada vez mayor. Pero ahí está el reto: el turismo puede ser una fuente de crecimiento económico, pero también un agente de destrucción social, cultural y ambiental. De hecho, durante el verano de 2020, en un régimen de movilidad condicionado por la crisis de La Covid, se plantearon muchos interrogantes y desafíos en zonas de España que recibieron a demasiados turistas en enclaves no acostumbrados a ese volumen de visitantes, ni a las demandas consumistas de muchos de ellos, ansiosos de tener experiencias inolvidables y matarse visitando monumentos.

Experimentar implica no tener prejuicios o hacer las cosas de formas diferentes a como se han hecho o dicho antes, ¿puede tener que ver lo experimental con las humanidades?

Es muy difícil liberarse de prejuicios. A veces hay que conformarse con menos y, al menos, ser más conscientes de ellos (hacerse cargo de tus limitaciones es un comienzo). Por otro lado, tampoco hay que obsesionarse con buscar lo novedoso siempre. Curiosamente, una de las experiencias más interesantes de los proyectos es cómo se articula en ellos el pasado y el futuro, lo viejo y lo nuevo, las tradiciones y las innovaciones, y no sólo porque se suele trabajar con personas de distintas franjas generacionales, desde jóvenes hasta ancianos, o con colectivos de distintas clases sociales o de distintos extractos culturales. La idea de innovación social no tiene sentido sin la idea de memoria social. La historia siempre está presente en todos estos proyectos, la historia vivida, sobre todo, y no solo la archivada, institucional o formalmente. Esto es algo que, creo, también tenemos claro en ciertos sectores de las humanidades, aunque más de una forma teórica que práctica. En los laboratorios, en cambio, uno experimenta cómo se produce esa tensión de una forma más directa, y a través de casos concretos. En humanidades

a veces hacemos trabajo de campo, es cierto, pero incluso ese tipo de perspectiva (más espesa), es diferente a la densidad del conocimiento que se obtiene investigando con los colectivos a la vez. En realidad, hay tradiciones en ciencias sociales que siempre han trabajado así (el científico social ayuda al colectivo que estudia a construir un relato, a fabricar un lenguaje con el que articular su experiencia) pero la diferencia, ahora, es que hay disponibles nuevos medios de información y comunicación manejados y conocidos por los propios colectivos. Así que la relación entre ellos y los expertos es diferente.

Tengo que decir, también, que después de estudiar durante años la aproximación de John Dewey a la noción de "situación" y las ideas de Bourdieu sobre el "habitus" y los "campos lingüísticos", resultó particularmente instructivo experimentar a pie de obra la peculiaridad de espacios sociales (lentos de tensiones) que existen antes de una intervención pero que, al mismo tiempo, llegan a existir (transformándose) gracias a la misma intervención. Esto te sonará María, porque tú misma has señalado ("Tiempo de incertidumbre: habitar los comunales") con un lenguaje diferente, el de François Jullien, que una situación es algo dado y a la vez un potencial, un campo condicionado y a la vez una posibilidad, y para explotar ese potencial el estratega no siempre se puede apoyar en la modelización previa que ha hecho de la situación. Lo que a veces se llama conocimiento situado no consiste sólo en el conjunto de saberes prácticos, los bagajes vernáculos distribuidos en un espacio social rural (relativos a un problema, o a una tarea, o a una faena), sino el conocimiento que pueden desarrollar el estratega y el participante trabajando a la vez, juntos, en un lugar, envueltos en una faena, dentro de una situación.

ramón del Castillo (Madrid, 1964) es profesor de estudios culturales y filosofía contemporánea y Vicedecano de Investigación y doctorado de la facultad de Filosofía y Antropología de la UNED. Imparte clases en los grados de Historia del Arte, Literatura Inglesa y Filosofía, así como en el máster de Filosofía. Director de varios proyectos de investigación dedicados a problemas de la filosofía política y social como la crisis de la opinión pública, las ilusiones de la socialdemocracia y las tensiones entre deliberación y reconocimiento. Ha publicado numerosos artículos en revistas internacionales y ha traducido a críticos como F. Jameson y T. Eagleton. Entre sus últimos trabajos "La corrosión de la experiencia", "Del espacio exterior al interior (Raymond Williams y la S-F)" y "Jardines en llamas: a vueltas con *Fahrenheit 451*". Sus libros más recientes: *El jardín de los delirios. Las ilusiones del naturalismo* (Turner, 2019) y *Filósofos de paseo* (Turner, 2020). Ha formado parte del proyecto de investigación *Sujetos, emociones y estructuras: para una teoría social crítica* dirigido por A. Gómez (UC3M) y actualmente trabaja con el dedicado a prácticas, artes y arquitecturas del Antropoceno dirigido por F. Quesada (UAH) también financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

👉 **Ramón del Castillo** (Madrid, 1964) es profesor de estudios culturales y filosofía contemporánea y Vicedecano de Investigación y doctorado de la facultad de Filosofía y Antropología de la UNED. Imparte clases en los grados de Historia del Arte, Literatura Inglesa y Filosofía, así como en el máster de Filosofía. Director de varios proyectos de investigación dedicados a problemas de la filosofía política y social como la crisis de la opinión pública, las ilusiones de la socialdemocracia y las tensiones entre deliberación y reconocimiento. Ha publicado numerosos artículos en revistas internacionales y ha traducido a críticos como F. Jameson y T. Eagleton. Entre sus últimos trabajos "La corrosión de la experiencia", "Del espacio exterior al interior (Raymond Williams y la S-F)" y "Jardines en llamas: a vueltas con *Fahrenheit 451*". Sus libros más recientes: *El jardín de los delirios. Las ilusiones del naturalismo* (Turner, 2019) y *Filósofos de paseo* (Turner, 2020). Ha formado parte del proyecto de investigación *Sujetos, emociones y estructuras: para una teoría social crítica* dirigido por A. Gómez (UC3M) y actualmente trabaja con el dedicado a prácticas, artes y arquitecturas del Antropoceno dirigido por F. Quesada (UAH) también financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.